



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año III      27 de setiembre de 1890      Núm. 152



PERCANCES DEL OFICIO





## UN RATO DE CHARLA

**A**HORA salimos con que no hay nada más impropio para una cocina que una cocinera: lo propio es un cocinero.

Así parece que se dice en un artículo recientemente publicado en no recuerdo qué periódico. Yo no lo he leído: me he enterado de eso nada más que por una réplica del correcto y siempre ameno escritor D. Francisco Flores García; pero como yo me precio de apoyarme en la punta de un alfiler para lanzarme á los espacios imaginarios, de aquí que la tal salida haya sido para mí un pedestal sobre el que edificar toda una torre Eiffel de consideraciones filosóficas, antropológicas, étnicas, geográficas, morales, religiosas, y hasta coquinarias, que me han quitado el sueño toda la pasada noche, á *compás* de la lluvia que caía.

Y, remontándome á nuestros primeros padres, veía yo á Adán cociendo unas manzanas y aderezando una ensalada para Eva, para acabar hasta nuestros días, á través de la larga serie de los siglos, viéndome á mí mismo (¡horror!) friendo un huevo en una sartén sin aceite, brindándoselo á mi cocinera, ocupada en comentar los sucesos de Bellinzona.

La expulsión de la mujer de las cocinas, ó, por mejor decir, la expulsión de las cocinas de la mujer... en fin, la extinción, la supresión de las cocineras, acarrearía los más tremendos males, á mi humilde modo de ver.

¿Qué sería de *La Gran Via*? ¡La *Menegilda* convertida en *Hermenegildo*! ¡*El hombre es débil* expulsado del repertorio! ¡La sisa perdiendo su inocente carácter para convertirse en hurto! ¡Los horteras privados de su *sobre todo* en los bailes de la calle no sé cuál! ¡La posibilidad de encontrarse uno con una colilla de puro en el *fricandean* en vez de descubrir cuando más alguna horquilla!



¿Qué sería, con la supresión de las cocineras, de tanto honrado mozo como se sostiene con los contenidos de la cesta y alguna ligera sustracción de los realejos de la compra? ¿Cuánta literatura inutilizada!

Dame dos cuartos, criada,  
que bien me los puedes dar...

¿Qué contrariedad para los gacetilleros al no poder decir la *Maritornes*, la *fregatriz*, etc.! ¿Qué disgusto para la emperatriz de Rusia, las princesas de Alemania y de Inglaterra, las duquesas de Este y del otro, y tantas ilustres señoras más como cifran su orgullo en la confección de sabrosísimos platos!

Y ya me veo á las cocineras francesas, dejándose de ser *cordons bleus*, convertirse todas ellas en *bas* del mismo color. ¿Qué manera de aumentar el gremio de tantas insignes autoras que escriben como *cuisinières*, como le decía una vez *Le Livre* á una de las más apreciables publicistas de nuestros tiempos!

Y ¿qué revolución profundísima en *el seno del hogar*! Porque, en resumidas cuentas, ¿qué es el hogar? Es la cocina. *El ángel del hogar* no sería ya la madre, sino el padre, el cocinero, el guisador.

No negaré, en cambio, las ventajas que podría reportar la supresión de las cocineras. El porvenir de la benemérita clase de rancheros cambiaría por completo, abriéndose ante ellos las más risueñas perspectivas.

—¿Sabe V. guisar, Robustiano?—preguntaría el marido.

—Sí, señor: he sido ranchero dos años en el regimiento de dragones de Lusitania.

En las casas de *güéspedes* no se verían ya más patronas ni por un ojo de la cara. El tipo de la viuda del intendente desaparece, y tendríamos en su lugar al viudo de la intendenta, en segundas nupcias.

Los editores tendrían que proceder á una reforma completa de sus publicaciones culinarias: los *Manuales de la perfecta cocinera* tendrían que venderse al peso y ceder el paso á los *Manuales del cocinero perfecto*.

El idioma tendría que enriquecerse necesariamente: la palabra catalana *raspa* caducaría, y habría que inventar alguna equivalente.



Las señoras se librarían de la penosa obligación de vigilar el cocido, siendo esto incumbencia de los maridos.

—A ver, Manuel, si tiene V. cuidado en echarle sal al puchero.

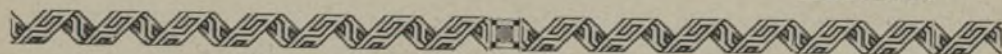
—¡Martínez, ese jigote que se le está quemando á V.!

La imaginación se pierde en esas tremebundas hipótesis.

Pero supongo que por mucho tiempo tendremos cocineras con *faldas y pelo largo*. No querrá Dios condenarnos al coquinarismo con barba corrida y blusa, y al imperio de los maridos comineros y de las mujeres sabihondas.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



## LOS FUEGOS FATUOS

El meteoro llamado *fuego fatuo* se presenta en forma de llamas azuladas y ligeras, vagando errante durante la noche por la capa más baja de la atmósfera. Es el más lúgubre de todos los meteoros luminosos y el que más tristemente impresiona á las almas vulgares, que ven los fuegos fatuos con temor verdaderamente pueril, considerándolos como almas en pena que fluctúan entre las ruinas de los antiguos edificios y sobre las olvidadas tumbas de los cementerios.

Tal preocupación, sin embargo, no deja de ser sino el resultado de la ignorancia en que viven la gran mayoría de las gentes. El fuego fatuo no es ningún fenómeno extraordinario ni sobrenatural, produciéndose en todos los sitios donde hay emanaciones de gas hidrógeno fosforado, como en los cementerios, los muladares y lugares pantanosos, pues procede de la descomposición de las materias orgánicas. Al combinarse aquel gas con el oxígeno del aire, entra en combustión, y por esta circunstancia, al abrir las tumbas y sepulcros se inflama de repente lo allí contenido, y esa inflamación es lo que induce á creer á los timoratos que la claridad de la luz es allí inextinguible.

Algunas veces se han encontrado cuerpos enterrados, después de mucho tiempo, brillando su féretro con resplandores fosforescentes, lo cual ha dado origen á las más extraviadas supersticiones.

El mayor Blesson de Berlín, que hizo algunos experimentos, cita el verificado en el terreno pantanoso del valle de Lubitz en Vewmark, donde con frecuencia aparecen fuegos fatuos que se desprenden de aquellas charcas.

«El agua del pantano,—dice,—contiene fuego y está cubierta de una capa brillante. Durante el día salen de ella burbujas de aire, y durante la noche





En los Icebergs



llamas de púrpura azuladas, que revolotean por la superficie. A medida que avanzaba se alejaban las llamas, porque los movimientos del aire las separaban de mí. Si me detenía, los fuegos volvían á acercarse. Traté de encender en ellos un pedazo de papel, pero mi aliento, produciendo una nueva corriente de aire, arrojaba de nuevo las llamas á gran distancia. Sin embargo, poniéndome una pantalla ante mi rostro, pude, extendiendo el brazo, encender en una de ellas una larga tira de papel retorcida. Conservando aquella delicada antorcha, llegué á aplicarla á uno de los puntos de donde salían burbujas de aire, y entonces di una serie de explosiones producidas en una extensión de ocho pies cuadrados de la superficie del charco, y vi una luz de color rojo que se trasformó en azul á unos tres pies de altura, la cual siguió moviéndose de la misma manera que se mueven los fuegos fatuos. Al llegar el día todas las llamas palidecieron, se aproximaron cada vez más á la tierra y acabaron por desaparecer.»

He aquí otra curiosa observación hecha por Mr. Albert.

«En una noche de diciembre estuve,—dice,—más de una hora contemplando un fuego fatuo. Algunas veces aparecía como la llama de una lámpara, y después, elevándose hasta algunos pies de altura, volvía á caer y se apagaba. Otras, brotando del suelo, recorría un trayecto de unos cien metros con un movimiento ondulatorio semejante al de un picoverde, y deshacía su camino jugueteando á flor de tierra. Me parecía estar presenciando los juegos locos de varias hadas invisibles. La luz de estos fuegos era clara y brillante, mucho más azulada que la de una bujía, teniendo gran semejanza á la de la chispa eléctrica. Tres ó cuatro de ellas eran más grandes y más brillantes que la estrella *Sirio*.»

Pero lo que más que todo sorprende, lo que más vivamente impresiona al vulgo, es la circunstancia de ser perseguido por fuego fatuo el individuo que huye de aquella llama. Este fenómeno no tiene nada de sobrenatural como muchos creen, y se debe tan sólo á que la llama entra en la estela ó remolino de aire que se forma tras del cuerpo que se mueve, por efecto mismo de su desplazamiento, por lo cual se reproduce una corriente en la misma dirección del movimiento. Así, mientras que el fuego no se desvanezca ó en tanto una corriente trasversal no lo separe de la estela, la llama persiste tras del fugitivo, y esta circunstancia ha ocasionado grandes sustos y funestas consecuencias á muchas personas que, ignorando el origen de estos meteoros, no han tenido la serenidad de contemplarlos con la debida indiferencia.

A. OZORES







Campesina italiana



## ¡BATEO! ¡BATEO!

(A MI ESTIMADO AMIGO MANUEL LÓPEZ)

**A** la misma hora que el domine del lugar daba por terminadas las clases de aquel día, el sacristán de Villamil hallábase en la iglesia preparando todo lo necesario para derramar las aguas bautismales sobre el reducido colodrillo de un recién nacido.

Los muchachos del pueblo ya sabían que aquel día era el señalado para cristianar al nuevo vástago del señor alcalde: por eso al salir de la escuela se dirigieron corriendo y dando voces al templo, como si una horda de salvajes se hubiera apoderado de aquel pacífico lugar, deseosos de contemplar la ceremonia y más aún de recoger los ochavos que la madrina arrojase, aturdida por las voces de ellos diciendo: —¡Dinero! ¡Dinero!

El venerable sacerdote de Villamil se hallaba sentado sobre un raído sillón de badana colocado en la sacristía, esperando la llegada de la comitiva, cuando un tropel de chicuelos, con blusa los más y con chaqueta los menos, se presentó en la puerta de la sacristía con una algazara infernal.

—Juicio, juicio,—dijo el cura desde donde se hallaba sentado, con bondadoso y reposado acento.—Ya me canso de predicaros todos los días y deciros que en la morada de Dios se entra con juicio, sin vocear, y vosotros, sin duda, echáis mis sermones en saco roto, puesto que jamás entráis aquí con devoción y respeto. También me canso de deciros que á los mayores se les debe respetar, y esta mañana, sin ir más allá, he visto que dos ó tres de vosotros estabais burlándoos del tío Mauricio el jorobado, de ese pobre hombre que tanto os quiere.

—El que se ha *reto* del tío joroba ha sido *Celidonio*, señor cura,—dijo un muchacho de corta edad, que disfrutaba una salud á prueba de sabañones, que dijo el inmortal Bretón de los Herreros.

—No le haga V. caso, padre,—dijo con presteza el aludido, que por la estatura parecía ser el mayor de todos los muchachos.—Yo le diré á V. la verdad.

—Ya te escucho,—dijo el señor cura.

—Pues verá V.,—prosiguió el muchacho á quien el otro rapaz había llamado *Celidonio*.—Pasaba yo por una calle en compañía de Gilito y el *Mellizo*, cuando vimos que venía el jorobado por la misma calle. «—¿Quieres que le demos un puñetazo en la espalda y echemos á correr?» me dijo Gilito. Y yo le contesté: «—Mira, Gil: no me metas en líos, que luego quien paga siempre soy yo.» Él me dijo que yo era un cobarde, y entonces sentí que el pícaro amor propio rebullía en mi cuerpo, y para no quedar por ello me lancé sobre el tío Mauricio, asestándole un fuerte cachete en sus contrahechas espaldas.





Ballerina napolitana

—Pues espero que desde hoy ni tú ni estos que me escuchan volveréis á hacer rabiar al desgraciado jorobado ni á ninguna persona de edad, sino guardarles el debido respeto,—dijo el cariñoso sacerdote poniéndose en pie.  
—Vaya, vamos ahora á bautizar al niño del señor alcalde. ¿Quién va á llevar el salero y la cruz?



—¡Yo! ¡Yo!—gritaron á un tiempo aquellas vocecitas infantiles.

—Si empezáis otra vez á meter ruido me veré precisado á ponerlos de patitas en la calle. Prudencio: dales á éstos la cruz y el salero,—dijo el sacerdote al sacristán, que se hallaba no muy lejos de allí sacando ropa de una anti-quísima cómoda de nogal.

Este se apresuró á obedecer al venerable ministro del Señor; pero lo mismo fué coger los dos objetos, cuando aquella turba de alborotadores se arrojó á sus brazos, arrebatándole un rapaz la cruz y dejándole caer el salero otro.

—Pero ¡hombre!—dijo el señor cura con marcadas muestras de enfado;—¿os habéis propuesto hacerme perder la paciencia? Recoged esa sal y que la lleve Pedrín, que es el más juicioso.

Los muchachos obedecieron al sacerdote, no sin refunfuñar en voz baja por haber escogido á Pedrín para tener el salero; y después, en seguimiento del señor cura y el sacristán vestidos con los trajes de rúbrica, se dirigieron á la iglesia para dar comienzo á la ceremonia.

La varonil figura del padre del recién nacido ostentaba un vistoso traje á la usanza de la tierra, lo mismo que su hermana, la madrina, en cuyos brazos se hallaba el mofetudo rorro luciendo rica capa de *cachemir* con encajes, y un historiado y antiquísimo gorro que contaba diez y seis años y cinco dueños, puesto que había servido para cristianar á todos los hermanos del recién nacido. No estaban menos elegantes que los anteriores los convidados, que alegres se agruparon en torno del baptisterio.

El desafinado órgano, herido por las callosas manos del sacristán, esparcía por las anchurosas bóvedas del templo torrentes de armonía, confundién-dose con el gritar de los muchachos y el murmullo de los convidados.

Celedonio, el muchacho que pocos momentos antes había sido acusado por otro chicuelo y amonestado por el sacerdote, hallábase en el templo haciendo de las suyas.

Pertrechado, pocos momentos antes de empezar la ceremonia, de una aguja con hilo, entreteníase en coser el ajado vestido de seda de la madrina á la senda capa del juez de paz, que asistía á la ceremonia como invitado; y con tanto cuidado lo ejecutaba que los dos pacíficos asturianos quedaron enlazados sin sentir el más imperceptible movimiento de sus vestidos.

Cuando el muchacho acabó de ser cristianado llegó el momento fatal para su madrina, que, al irse á separar del juez, tiró éste por otro lado, llevándose gran parte del vestido de aquélla, que estuvo á punto de caer al suelo con su pequeño apadrinado.

Difícil sería describir las contorsiones que la pobre mujer hizo al ver su riquísimo vestido, como ella decía, convertido en un jirón. Quería gritar, pero al hacerse cargo del sitio en que se hallaba, ahogaba sus gritos en su reseca garganta.

La comitiva salió á la calle, donde esperaban multitud de muchachos gritando:



—¡Dineero! ¡Dineero!

La madrina, en vez de monedas, les dirigía denuestos y maldiciones, al mismo tiempo que procuraba ocultar el rasgón de su vestido.

En esto la voz de Celedonio, que sobresalía por la de los demás muchachos, gritó:

—¡Ay, qué ruin! ¡Ay, qué ruin! ¡Confitura! ¡Que se muera la criatura!

Lo mismo fué acabar estas palabras que emprenderla el alcalde detrás de él hasta que le alcanzó, dándole una soberana y morrocotuda zurra.

El sacerdote arrimóse poco después á donde se hallaba y le dijo al oído:

—Te he estado observando en la iglesia y tú has sido el causante del sofoco de la madrina. Luego han brotado en tus labios vituperios contra un pobre ser que nada te ha hecho, y su padre con razón te ha castigado. Y todo por no obedecer los consejos que yo te he dado. Vaya, enjúgate las lágrimas y ven conmigo á pedir perdón á todos los que has ofendido; pero desde hoy no olvides que á los mayores se les debe respetar y querer.

Jesucristo ha dicho:

«Amaos los unos á los otros.»

LUIS CORDAVIAS



## CANTABLES

### I

Las florecitas que crecen  
en la tumba de mi hermano  
son los besos que le di  
cuando fueron á enterrarlo.

### II

Si es sueño eterno la muerte,  
quiero morir, madre mía,  
soñando que tú me quieres.

### III

Con un pedazo de cielo  
de estrellitas mil bordado,

ha de hacer Dios á mi madre,  
cuando suba al cielo, un manto.

### IV

Al fallecer mi amiguito  
díjome su pobre madre  
que alrededor de la cuna  
vagaba llorando un ángel.

### V

Vió que moría su niño,  
al cielo miró enojada,  
y notó que las estrellas,  
al ver su dolor, lloraban.

LUIS DE VAL





## EL CRIMEN Y LA CONCIENCIA

UN día el Crimen acertó á pasar por los dominios de la Muerte. Acercándose á su alcázar, dió dos fuertes golpes en la puerta.

—¿Quién sois?

—El Crimen.

—¿Qué queréis?

—Ser tu esclavo á trueque de oro.

—El que contribuye á disminuir las filas de la Vida, mi enemiga, encuentra mi protección: hazlo tú y tendrás cuanto apetezcas.

—¿Tienes bastantes?—contestó con cavernosa voz presentándole millares de víctimas.

—Pardiez que me complaces, y, por quien soy, no has de quedar descontento de mí,—dijo. Y le entregó cuantas riquezas pretendió.

—Soy feliz,—dijo el crimen.—Con oro todo se alcanza en el mundo: los mismos que me temían me abrirán sus brazos.

—¡Insensato! ¡Tú deliras!—gritó una voz diáfana cual agua que brota de una fuente.—¿Por ventura crees que la felicidad se consigue con oro?

—¿Quién eres que no osas presentarte ante mí?—preguntó el Crimen ardiendo en ira.

—La Conciencia.

—¡Mágico ser, en verdad, para necios y crédulos! Cúdate de ti propia y no te inquietes por mi suerte.—Al paso que, lanzando una carcajada homérica, se alejó con la velocidad del rayo.

—Aléjate, sí, aléjate con tu oro: de nada ha de servirte. Doquiera que vayas, te acompañarán los remordimientos, el terror irá en pos de ti; al paso que el bullicio te turbe, la soledad te tendrá intranquilo; la luz te espantará al igual de las tinieblas; doquiera te alejes, encontrarás en derredor fantasmas que torturen tu alma; si duermes, funestos sueños te harán ver imágenes terribles; y si pretendes salir del círculo que con tus propias culpas te has creado, será en vano, pues fantasmas que en tu desvarío forjaras de hierro, oprimirán tu cuello, haciendo, de este modo, infinito el estertor de la agonía.

Tal es el porvenir que te espera.

DIEGO LOSADA







El aprisco

## EL GLOBO

Lleno Juanito  
de grande gozo,  
pronto á su casa  
llega orgulloso,  
y enseña ufano  
de gas un globo

que su buen tío  
dióle gozoso.  
Le hace que suba,  
que baje pronto  
y que en el aire  
pare de modo

que no se mueva  
cuando esté sólo  
de palo ó hierro  
sujeto un poco.

. . . . .  
. . . . .



Juan no hace caso  
y muestra enojo  
cuando su madre  
le dice:—¡Loco!  
En casa deja  
tu globo hermoso:  
de lo contrario,  
volará pronto.

Con el semblante  
grave y lloroso  
vuelve á su casa  
Juanito el loco.  
Dice á su madre  
con triste tono:  
—Ya por los aires  
voló mi globo.—

Y ella prosigue  
de serio modo:  
—Las ilusiones  
del vanidoso  
siempre el fiero aire  
vuelve en destrozo,  
y así castiga  
su vano antojo.

SOLEDAD MARTÍN Y ORTIZ DE LA TABLA

## NUESTROS GRABADOS

### PERCANCES DEL OFICIO

Nada más natural que el caballo tire á su jinete si éste no se sabe aguantar bien, y pocos serán los que en su aprendizaje hayan dejado de experimentar tan lamentable contratiempo. Afortunadamente, son raros, según parece, los casos graves, reduciéndose todo á alguna costalada de poca monta.

### EN LOS ICEBERGS

Como si dijéramos: *Recuerdos de Julio Verne*. Pocas cosas hay que ejerzan tanta atracción como las aventuras de los viajes al Polo.

### CAMPESINA ITALIANA

Diríase talmente una canéfora griega; pero eso visto en el papel ó bien de lejos, porque, según dicen, contempladas de cerca esas hermosas *contadine*, huelen y no á ámbar. Con todo, son un gran recurso para los pintores.

### BAILARINA NAPOLITANA

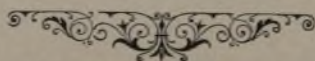
Todo lo que sea no ser *flamenco* es digno de estimación. El baile, á la verdad, en sí, no tiene nada de ridículo, antes bien, según dicen algunos filósofos, idealiza la forma humana. Esa bailarina es muy artística y muy decente, y con eso basta.

### EL APRISCO

¡Horror! Ahí fuera está la zorra espiando el momento de hacer presa.  
¡Pobres ovejas expuestas á la cruel voracidad del astuto carnicero!

### ¡Á ELLOS!

Allá va el perro á cobrar los gansos; pero cuidadito, que la laguna es honda y el agua está muy agitada. La escena es muy pintoresca y el dibujante ha puesto muy en relieve la excelente casta del perro.







## JUANITO Y RAFAELA

(Continuación)

Rafaelita había estado tan distante de creer que Juanito pudiese hallarse en peligro de muerte, que aquella respuesta produjo en ella el efecto de un rayo. La pobre niña se dejó caer sobre una silla y se deshizo en llanto; porque desde que había perdido á D.<sup>a</sup> Encarnación, sabía que morir se era irse para siempre.

Permanecía, pues, en el mismo sitio, sin pensar ni por un instante que se encontraba en las habitaciones de D.<sup>a</sup> Emilia, tanto era su único temor de no volver á ver más á Juanito.

Las paredes de aquella habitación estaban cubiertas de estampas, una de las cuales representaba la Virgen de la Paloma. La niña lo había notado muy á menudo en aquel tiempo en que se presentaba á su madre todas las mañanas, por haber otra igual en el cuarto de D.<sup>a</sup> Encarnación, colocada ante el reclinatorio de la anciana señora. Rafaelita había sido educada en sentimientos muy religiosos. Sus ojos se dirigieron por ventura hacia la santa imagen: levantóse, fué á arrodillar con las manos juntas ante la Virgen, y le pidió sollozando que salvase de la muerte á su hermano.

Así estaba prosternada, cuando D.<sup>a</sup> Emilia, que iba á buscar una poción que había puesto á refrescar, entró en el comedor.

A la vista de la niña de rodillas, quedó muy sorprendida; pero, acercándose á ella, le dijo con mucha dulzura:

—¿Rezas, Rafaelita?

—Rezo para que no muera,—respondió la niña levantándose, con las mejillas inundadas de lágrimas.

Conmovida hasta el fondo de su corazón, D.<sup>a</sup> Emilia se inclinó hacia la niña y por primera vez en su vida la besó tiernamente.

—Vuélvete con Tula, mi querida Rafaela,—repuso.—Esta mañana se encuentra mucho mejor, y cuando ya esté bueno le verás cuanto quieras.

Rafaela, enjugándose las lágrimas, le sonrió á aquella á quien el día antes aun temía tanto, y le obedeció al momento.

Aunque la pobre niña estuviese muy contenta, su alegría igualó apenas la alegría de Gertrudis cuando supo lo que ocurría. La anciana no se cansaba de hacerse repetir las propias palabras de D.<sup>a</sup> Emilia. Rafaela comenzaba entonces de nuevo su relato, decía que su madre la había besado, la había llamado *querida*, y luego exclamó alegremente:



—Mi hermano tenía razón ¿ves tú? cuando me decía siempre que era muy buena.

(Se continuará)



¡A ellos!

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: <sup>Aseda de San Bernardo,</sup> 38, principal, MADRID.—Ramón Molinax: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTISTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA